

castillo, de los cuarteles, de la Prefectura, del Banco y de la Tesorería. De ahí no pasaba: lo demás era abandonado al azar.

Las autoridades de Angers recibieron algunos avisos; pero nadie pudo creer que tan insensato proyecto no fuese una mixtificación. Lo que favoreció la tentativa fué su propia locura. Sin creer en el peligro, las autoridades tomaron algunas precauciones. La policía fué puesta en guardia y la guarnición acuartelada. Mientras tanto, en Trelazé, Attibert y sus compañeros preparaban su golpe de mano. En la noche del 26 arrastraron á los obreros con amenazas ó con promesas: «Vamos á pedir la disminución del precio de los víveres, decían; es preciso que todo el mundo marche (1).» El alcalde, hombre enérgico, se hallaba entonces ausente, de modo que los ciudadanos pacíficos se vieron abandonados. El cuartel de la gendarmería fué ocupado y el pueblo entregado á los revoltosos. Echaron mano de toda clase de armas, fusiles, escopetas, pistolas, horcas, hachas, asadores, etc. Así se reclutó una partida de unos seiscientos hombres que, aumentada con los grupos de los pueblos inmediatos, se reunió en el llano de Trelazé, desde donde marchó hacia Angers. Los conjurados llegaron sin obstáculo al arrabal de la Magdalena, donde esperaban encontrar á sus cómplices; pero no pareció ninguno. La autoridad, dando al fin crédito á los avisos, había hecho prender á los afiliados de la localidad en el momento de reunirse en el *Mail*; con ellos se había encarcelado á Secretán, organizador del movimiento en la ciudad. Ansiosa y desconcertada, la partida de Trelazé cambia de itinerario y se dirige hacia el Campo de Marte, con la esperanza de encontrar allí á los aliados invisibles cuyo concurso le han prometido. Apenas hubo andado algunos pasos, cuando encontró, en vez de «hermanos y amigos,» la tropa que, sin disparar un tiro, la dispersó en un momento.

Al día siguiente el *Monitor* anunció á Francia, que ya había perdido la costumbre de esta clase de emociones, el motín más ridículo que peligroso de Trelazé y Angers. Seis semanas después, la aventura tuvo su epílogo. Ante la Audiencia comparecieron en dos series ochenta y cuatro acusados. Este proceso permitió pasar revista otra vez á los restos del socialismo provincial que en 1851 aspiraba á invadirlo y vencerlo todo. Attibert se mostró arrogante. Como el presidente le reprochase su conducta, él contestó: «No veníamos para pillar; veníamos á atacar á Angers como habéis atacado á Sebastopol.» El lenguaje de sus compañeros no correspondió á este orgulloso aplomo: unos se excusaron humildemente, diciendo que, «si marcharon, fué por temor de ser fusilados;» otros pretendieron que habían sido víctimas de un engaño, pues creyeron que sólo se trataba de pedir la disminución del precio de los víveres; los más osados confesaron que se habían sublevado por causa política. Attibert, Secretán y un tal Pasquier fueron condenados á la deportación, y la mayor parte de los demás lo fueron á penas severas. Para la mayoría la clemencia imperial mitigó las sentencias, ya que se trataba de amotinados sin importancia, que nadie había de imitar.

(1) Audiencia del Maine y Loira; interrogatorios (*Gazette des Tribunaux* del 10 de octubre de 1855).

Así es que, desposeído de todas sus armas, el partido demagógico se gastaba en manejos más ó menos estériles. De vez en cuando, ya á puerta cerrada, ya ante un público indiferente, una de las salas correccionales hacía comparecer algún miserable comparsa. Este había introducido sediciosos folletos de Inglaterra ó de Bélgica; aquél había reanudado la trama de alguna antigua afiliación secreta; tal otro había ocultado en su buhardilla cápsulas, pólvora y moldes para la fabricación de balas, todo mezclado con retratos de Ledru-Rollin ó Robespierre y con bonos de los comités de Londres. En el curso de los debates leíase alguna carta, casi siempre necia bajo sus aires misteriosos, y que el fiscal, con una obstinación casi pueril, se esforzaba en elevar á la altura de un documento subversivo. Los abogados encargados de la defensa informaban con la situd, tan cansados de sus clientes como de su propio papel. Hasta la sentencia pasaba inadvertida, de modo que todo escapaba, incluso el beneficio de la persecución. No había un solo republicano inteligente que no comprendiese aquel abandono. En vano trataban de adivinar el porvenir. Veían en todas partes el espectáculo, desconsolador para ellos, de un pueblo sumiso y de un gobierno bastante fuerte para atreverse á todo y, en tal desolación, no invocaban ya más poder que el de ese *Dios ignoto* que en Francia como en Atenas tiene siempre sus altares.

### III

El destino, tan adverso para los republicanos, ¿era más propicio para los partidarios de Enrique V ó, como se decía entonces, para los legitimistas?

El golpe de estado les puso en un cruel apuro. Votar contra Luis Napoleón era adherirse á la Revolución; pronunciarse en favor de él era hacer traición al principio monárquico. En tan gran perplejidad, la junta directiva del partido aconsejó á sus amigos que se abstuvieran (2). A algunos el consejo les pareció muy tímido: así es que en Nantes el marqués de Coislin consiguió fijar públicamente el decreto de destitución votado contra Bonaparte por la Asamblea legislativa en la alcaldía del décimo distrito (3). Otros, al contrario, juzgaron aquellas instrucciones excesivas, y fundándose en las necesidades sociales, depositaron en la urna un voto de absolución. Otros, en fin, llegaron á figurarse que Luis Napoleón no era más que el precursor de la realeza y, como ellos decían, le estaba haciendo la cama á Enrique V: increíble ilusión que se trasluce en muchas cartas contemporáneas.

El nuevo orden de cosas, si bien aplazaba indefinidamente toda restauración monárquica, dejaba á los monárquicos ciertas posiciones conquistadas de las cuales no convenía desalojarlos. En muchos pueblos, principalmente en el Oeste y en el Mediodía, las administraciones municipales se hallaban en sus manos y tenían numerosos puestos en los consejos generales; en muchas poblaciones constituían la mayoría en las comisiones de hospitales ó en las Juntas de beneficencia; en otras partes habían introducido en las Cámaras ó

(2) Véase M. de Falloux, *Mémoires*, tomo II, pág. 163.

(3) Id., id., pág. 171.

en los Tribunales de comercio sus mejores y más sólidos elementos burgueses. En casi todas las administraciones tenían adictos, adictos discretos, pero singularmente útiles en un país tan centralizado como el nuestro. Bastante retraídos hasta 1848, había vuelto á intervenir desde entonces en la gestión pública, y esto con gran provecho para el país, pues casi siempre se distinguían por su integridad y por el espíritu de independencia que debían á su natural orgullo y á su fortuna. ¿Qué suerte iba á depararles el Imperio? La perspectiva no iba á ser muy amplia ni muy halagüeña. Iban á tener que marchar por una senda estrecha, lejos de la adulación que les convertiría en renegados y lejos de la oposición ruidosa en que nadie les seguiría; iban á tener que realizar misiones modestas, sin ninguna esperanza de nombradía y con pocas esperanzas de gratitud; iban á tener que disgustar quizá al amado príncipe proscrito, á tener que guardarse de las gracias del príncipe reinante, y á tener que oír el reproche de ambiciones mezquinas ó de cálculos en la fidelidad. Tal como era, el deber se mostraba imperioso. Este deber consistía en no abandonar, por despecho ó desdén de un papel secundario, los restos de influencia que subsistían, sino, al contrario, acantonarse en ellos por previsión ó patriotismo. De este modo podrían, si no gobernar, dar de vez en cuando saludables consejos, examinar el empleo de los fondos públicos, velar por el patrimonio de los pobres, asegurar la buena administración municipal y contribuir á la obra de la justicia.

Así, pues, el partido realista podía, si no serlo todo, ni siquiera ser mucho, ser al menos algo. Del destierro llegó una orden que le prescribió no ser nada.

Me veo un poco apurado al tener que hablar de un príncipe muerto en el extranjero, sagrado por su cuna, por sus desgracias y por sus virtudes, y quisiera que, en presencia de un recuerdo tan augusto, no se mezclase con el homenaje ninguna sombra. Joven todavía en aquella época, el conde de Chambord se había creado una situación aparte en la gran familia de los reyes destronados. Debíala á la austeridad de sus costumbres, á la alta serenidad de sus miras, á sus hábitos laboriosos, á su liberalismo sincero. Los que le visitaban, volvían encantados de su alta cultura intelectual y de su bondad. De vez en cuando, en forma de cartas á sus amigos, se dirigía á la nación, y era tal la medida exquisita de su lenguaje, que aquellas cartas, reunidas más tarde, aún producen hoy una profunda impresión mezclada de admiración y de pesadumbre. Pero una de las grandes desgracias del destierro es la privación de la verdad. Se la rechaza cuando, rodeada de amargura, viene de los enemigos, y los amigos se guardan de llevarla, ó no la llevan sino por fragmentos escogidos, lo cual es peor que no llevar nada: los más osados llegan con el propósito de hablar muy alto, pero, por ternura ó por timidez, se calla en presencia del señor desgraciado. Algo apartado del mundo exterior, el conde de Chambord se había hecho, en su vida solitaria, una especie de doctrina personal muy lata y muy estrecha á la vez: muy lata, merced á su inteligencia y á sus abundantes lecturas; muy estrecha, á causa de las personas que le rodeaban á causa de sus alianzas y de las influencias de toda clase que, en torno suyo, aprisionaban la luz ó no la dejaban llegar sino en rayos muy debilitados. Era liberal

al extremo de asombrar á sus amigos, pero con la reticencia tácita de que su autoridad real lo dominaría todo, lo detendría todo y sería bastante fuerte para retirarlo todo á su antojo y sin peligro. Observaba los sucesos, y hasta los observaba con meritoria aplicación, pero doblegándolos á sus propios pensamientos, tales como los habían hecho madurar las enseñanzas de sus maestros y la meditación de sus deberes soberanos. Su ideal real lo colocaba él á una altura que desconcertaba, á tal altura que la humanidad común no podía alcanzarlo, y, en efecto, no lo alcanzó jamás. En su juventud había escuchado á los políticos de su partido. En la época en que Napoleón consolidó su fortuna, empezaba ya á refugiarse en una especie de misticismo que más tarde le invadió enteramente. Su misticismo se mezclaba con miras positivas, hasta minuciosas (pues trabajaba con una rara conciencia); pero estas miras, á menudo ingeniosas y profundas, se apresuraba á adaptarlas á una sociedad más bien ideal que real, de modo que volvía á la teoría hasta cuando parecía salir más de ella. Cuando, de tarde en tarde, alguno de sus amigos osaba darle consejos, esforzándose por rasgar los velos que le cubrían el mundo existente, escuchaba con complacencia, no refutaba las ideas, pero las atenuaba ó las modificaba hasta haberlas avasallado á su plan preconcebido. Cuando insistían, ora cortaba el razonamiento con alguna chanza (pues era hombre de chispa), ora se irritaba, se volvía imperioso, y finalmente, recordando que era de la estirpe de Luis XIV, mandaba en absoluto. En estas raras ocasiones, como era el mejor, el más digno de los príncipes, se apresuraba á suavizar la herida que había inferido. Pero lo que sacrificaba á las personas se guardaba bien de concederle respecto á los principios: por esta parte era inflexible, inflexible con entera convicción; y esta misma convicción que honraba á sus errores impedía que se curase de ellos.

La primera manifestación de esta voluntad absoluta fueron sus instrucciones que, desde 1852, prescribieron á los realistas el inmediato abandono de todos los cargos que implicasen el juramento de la Constitución. Y como ningún cargo escapaba á esta obligación, todos los monárquicos se encontraron de golpe condenados al ostracismo. La mayor parte de ellos obedecieron á su rey proscrito como le hubiesen obedecido estando en el trono. De ahí una serie de dimisiones en los municipios, en las juntas de beneficencia, en los consejos generales, en los tribunales de comercio; y el movimiento no se detuvo hasta que hombres nuevos hubieran reemplazado en todas partes á los que se retiraban.

Conducta estrictamente lógica, pero peligrosa desde dos puntos de vista. Hacer el vacío en torno del gobierno hubiera sido posible en un país como Inglaterra, donde el papel de los poderes públicos es restringido, donde la parte de la iniciativa privada es, por el contrario, bastante grande para ocupar todas las actividades y, á la larga, sobrepujar al gobierno. Hasta un completo cambio de leyes y costumbres, esta misma táctica sería ilusoria en un país como el nuestro, en que el poder lo maneja todo y penetra de tal manera en todas partes, que todo el que quiera escaparle sistemáticamente no sabe qué hacer. El segundo peligro, todavía mayor, residía en la condición de aquellos á quienes el príncipe dirigía sus órdenes. Aquellos señores rura-



les que formaban el estado mayor del partido realista eran uno de los elementos más sanos, pero no de los más laboriosos de la nación. Después de 1848 á duras penas habían abandonado su dulce ociosidad. Ordenándoles el retraimiento, se satisfacía más á su natural pereza que no se contrariaba á su ambición; y hasta su presteza en obedecer demostraba la inoportunidad del consejo.

Sin duda, el conde de Chambord no pensaba imponer á sus partidarios la inacción, y se hubiese indignado contra semejante suposición. Lo que él quería, lo que había de recomendar con frecuencia á sus amigos, era que su actividad redoblase concentrándose en la agricultura, en las profesiones independientes, y sobre todo en el libre ejercicio de la caridad. En esto también el ideal era tan elevado que pocos lo alcanzarían. Serán siempre raros los que acepten la ley del trabajo sin necesidad material, sin fines ambiciosos, lejos de todas las excitaciones, con la única recompensa del bien cumplido. El consejo era bueno, hermoso, expresado en un lenguaje que aún hoy conmueve y encanta. Pero, en la práctica, se apoyaba en un doble desconocimiento del partido y del estado real del país.

Todas las funciones, todos los mandatos electivos fueron abandonados al Imperio. Además, Napoleón, cuando se le reprochó más tarde la separación de tantos hombres íntegros, pudo contestar sin mentir que no había proscrito á nadie y que se le había hecho el vacío.

En presencia de un partido tan poco temible, los mismos rigores fueron muy blandos. Habiendo protestado el conde de Chambord por medio de un manifiesto contra el establecimiento del Imperio, practicáronse registros en algunas imprentas para incautarse de los ejemplares y se procesó á los repartidores de la proclama. Poco tiempo después, como varios periodistas legitimistas enviaban á Bruselas correspondencias hostiles y recibían de Bélgica retazos de periódico, epigramas y libelos, el ministerio público vió en tal cambio el doble delito de distribución de escritos prohibidos y de ofensa al jefe del Estado: de ahí un proceso seguido de numerosas condenas. Más tarde, habiéndose celebrado la fiesta de San Enrique con banquetes, en el departamento del Gard y especialmente en Cette, la policía invadió el salón del festín, se apoderó de las banderas blancas, de los retratos y de los emblemas, y operó algunas detenciones. Si á estas medidas se añaden frecuentes avisos contra los periódicos legitimistas, se tendrá el balance casi completo de las severidades imperiales.

Dada su parte á la represión, el emperador se mostró más dispuesto á atraer á los realistas que á combatirlos. Cuidó mucho de no ofenderlos, respetó sus aniversarios, especialmente el del 21 de enero, afectó hablar de ellos en términos favorables é impuso la misma reserva en derredor suyo. La erección de una estatua al mariscal Ney en el sitio en que fué fusilado constituyó el único síntoma de una actitud menos conciliante. Conquistados por tantas atenciones, algunos se adhirieron á la causa imperial y fueron nombrados para cargos administrativos ó diplomáticos ó para funciones palaciegas. De los que rodeaban al conde de Chambord, sólo dos se pasaron al imperio; lo hicieron ruidosamente

te y fueron nombrados senadores. Estos fueron el marqués de Pastoret y el Sr. de la Rochejacquelein.

El partido legitimista sólo tuvo en adelante una organización estéril. En París, una *Comisión central de informaciones* substituyó al antiguo comité. En provincias, la mayor parte de los departamentos tuvieron también su *Comisión*, que á menudo estaba relacionada con sub comisiones de distrito. Eran oficialidades sin soldados. En ellas se encontraban todas las variedades del partido realista, los militares que aún acariciaban ilusiones guerreras y se engolfaban en los recuerdos vandeanos; los místicos que, con una curiosa obstinación, esperaban un milagro de la Providencia; los mundanos ó los vanidosos para quienes la opinión legitimista era una moda elegante y un medio de darse tono, y la masa de los señores rurales, honrados, desinteresados, mucho más perspicaces de lo que generalmente se creía, poco ilusionados respecto á lo porvenir, con sus dudas sobre la buena dirección de su partido, pero callados, ya porque la palabra les pareciese tan ineficaz como el silencio, ya porque el ciego respeto de su príncipe fuese á sus ojos una religión que prevalecía sobre todas las demás. De tarde en tarde, aquellos comités se reunían para recibir las instrucciones ó, como decían, «las órdenes del rey.» Casi siempre eran portadores de estas órdenes varios jóvenes que se relevaban en Frohsdorf y que formaban, con una fidelidad meritoria no desprovista de vanidad, una especie de pequeña corte en el destierro. La mayor parte de ellos venían muy orgullosos de su misión, se consideraban portadores de secretos de Estado, no dejaban de creer que la policía les espiaba, y ora guardaban un silencio importante, ora enumeraban con una complacencia presuntuosa todo lo que el rey les había dicho. Aquellas idas y venidas simulaban mal el vacío en que se agitaban.

Sin embargo, había entre los legitimistas dos hombres muy propios para dirigir á sus amigos y aconsejar á su príncipe: Berryer, grande entre los grandes por su elocuencia, y Falloux, personaje animoso y resuelto, de una destreza poco común. Ambos se aflijían de una dirección que iba á reducir al partido á una camarilla impotente; censuraban «la política de los brazos cruzados;» convenían en que las delicadezas del honor imponían á los amigos particulares del príncipe un retraimiento absoluto, pero instaban para que la excepción no se convirtiese en regla y para que los realistas, recogiendo lo que quedaba de vida pública, se mezclasen en todo lo que se hiciera de generoso, útil y bueno. ¿Cedería en algo el conde de Chambord? En torno suyo se ejercían influencias en sentido contrario. ¿Hacia qué lado se inclinaría el príncipe? Este no tardó en demostrar, en una circunstancia bastante grave, que ninguna consideración le haría abandonar su principio. En agosto de 1858, uno de los realistas más honorables del Mediodía, el conde de Rességuier, ex miembro de la Asamblea legislativa, fué con su familia á visitarlo á Frohsdorf. Rességuier era individuo del consejo general de los Altos Pirineos, y á pesar de las instrucciones reales, no había dimitido. El príncipe recibió á sus huéspedes con aquella digna y amable bondad que conquistaba los corazones. Siguiéron los días sin que se quejase de la desobediencia á sus órdenes. Aquella reserva no era indicio de tolerancia. El día de la marcha mandó lla-

mar á Rességuier, y con suavidad primero y casi con violencia de palabra después, le reprochó su indisciplina. Este se excusó como pudo, alegó el interés superior del país y, con un calor que no podía ser sospechoso, hizo protestas de lealtad. Entonces se calmó el príncipe; pero habiendo solicitado Rességuier la autorización de presentarle el año siguiente sus respetos en Venecia, su contestación demostró la inflexibilidad de sus resoluciones. «Sí, dijo, con mucho gusto, si de aquí á entonces presentáis vuestra dimisión; si no, no (1).»

Así se durmió el partido realista, y se durmió tan bien que pudo temerse que no volvería á despertar. El movimiento es la condición necesaria de la vida, y la inmovilidad, que es la imagen de la muerte, trae prontamente la muerte misma.

## IV

La tolerancia de Napoleón con los amigos de Enrique V no se extendía á los orleanistas. Esta diferencia obedecía á varias causas. Entre los legitimistas muchos ostentaban nombres ilustres, y, por vanidad, Napoleón les guardaba contemplaciones, esperando que algún día serían ornamento de su trono. Hacer una guerra demasiado viva á los legitimistas hubiera sido irritar al mismo tiempo al partido religioso, fiel aliado del Imperio. Los orleanistas representaban, mucho más que los partidarios del conde de Chambord, las ideas del régimen parlamentario que el emperador se vanagloriaba entonces de proscribir. El recuerdo de Luis Felipe era más reciente, sus hechuras más numerosas; de ahí la necesidad de una vigilancia más estrecha, de ahí también mayores motivos de recelo. En la Asamblea legislativa, en fin, los orleanistas habían hecho á Luis Napoleón una guerra más viva, más ruda que los monárquicos puros; más que los demás, lo habían abrumado con sus desdenes y epigramas; y, para vengar las injurias ó reconocer los servicios, el emperador tenía una memoria igualmente fiel.

Toda la conducta del soberano se inspiró en estos sentimientos. Después del golpe de Estado, los representantes legitimistas sólo fueron molestados en la medida en que se ofrecieron ellos mismos á la persecución; los orleanistas, ó al menos sus jefes, como Thiers y los generales de Africa, fueron presos y condenados al destierro. No tardó en convertirse en decretos la grave resolución de confiscar los bienes de los príncipes. Los rigores oficiales alcanzaron luego á los que protestaron contra esta gran violación del derecho. En Bruselas apareció un periódico orleanista con el título de *Boletín francés*, tan violento como los *papeles* republicanos: el gobierno imperial pidió el procesamiento del periódico. Entonces fué cuando se publicaron en Bélgica las cartas injuriosas de Changarnier y de Lamoricière negándose á jurar. Irritado por aquellas represalias, el emperador se afirmó en su sistema de severidades. Según él, los agentes de los príncipes de Orleans conspiraban contra su poder, se entendían con sus peores enemigos, sin excluir á los que predicaban el asesinato. Así es que,

(1) Véase *Journal de la reine Victoria*, 26 de agosto de 1855. (*The life of Prince consort*, por Teodoro Martín, tomo III, páginas 344 y 345.) Véase también *Greville's Memoirs*, tomo VII, página 291.

á los ojos de los monarcas y de los diplomáticos extranjeros, presentaba su defensa personal como pretexto de los rigores de su política (2). Si algún funcionario se hacía sospechoso de simpatías legitimistas, la falta se expiaba casi siempre con una suave reprimenda. Si era tildado de tendencias democráticas ó republicanas, el reproche era más severo; sin embargo, el soberano se inclinaba muchas veces á la tolerancia por simples ilusiones que él mismo había acariciado en sus días de destierro. Pero si el funcionario en cuestión era amigo de los antiguos parlamentarios; si con su lenguaje ó con su silencio, con sus repugnancias ó con sus reservas, parecía echar de menos las libertades constitucionales, estos simples indicios bastaban para hacerse inmediatamente sospechoso; poco importaba que ignorase ó no hubiese conocido jamás á los príncipes desterrados: se le envolvía en una acusación general; se le juzgaba, según la expresión de ciertos familiares de las Tullerías, *atacado de espíritu orleanista*, enfermedad grave, tan grave que á menudo era mortal.

Aquellos príncipes tan duramente tratados no merecían tales rigores. No tenían, como los demócratas, la Constitución que defender, ni tenían, como el conde de Chambord, el principio monárquico que proclamar. Así es que, siguiendo atentamente las evoluciones de la política, tendían á encerrarse en su vida privada, no porque les repugnase la acción á la cual se hubiesen entregado apasionadamente, sino porque estaban convencidos de que toda acción prematura ó inoportuna no hubiera tenido más resultado que el de fortalecer á sus enemigos. Los decretos que confiscaban sus bienes les habían asestado un golpe cruel, tanto por el perjuicio que les ocasionaba como por la magnitud de la iniquidad. El gran lenitivo de sus sufrimientos era su unión fraternal y también algunas amistades que no les faltaron jamás. En Claremont, la santa reina María Amelia era el centro en torno del cual se agrupaba la familia, en el intervalo de los viajes. La duquesa de Orleans compartía el tiempo entre Inglaterra y Alemania, consagrada únicamente á sus dos hijos. De los hijos del rey, el príncipe de Joinville y el duque de Montpensier se sentían algo atraídos, el uno por el Brasil y el otro por España, adonde les habían llevado sus alianzas. El duque de Nemours, bizarro, grave y leal, parecía oculto en su dicha privada que había de serle arrebatada muy pronto. De todos los príncipes, el más popular era el duque de Aumale, hombre de armas y de letras, con un temperamento de artista. Para consolarse del destierro, se complacía en adornar su morada, y la adornaba sobre todo con recuerdos de su vida militar y de su país. En su hogar, castigado luego tantas veces por la muerte, crecían entonces dos hijos á quienes había dado los hermosos nombres de Guisa y de Condé. El gran nombre de Condé le deslumbraba, y no pudiendo tomar parte en su historia, acariciaba ya el proyecto de escribirla. Toda aquella actividad natural no hacía más que agravar el peso de su destierro, difícil de soportar á su edad y con su humor y sus generosas impaciencias; su rostro, como el de sus hermanos, no se animaba sino cuando algún huésped querido, procedente de

(2) Este incidente que ó referir al Sr. de Rességuier se halla consignado con muchos detalles en las *Mémoires* de M. de Falloux, tomo II, páginas 322 y siguientes.



Francia, le daba momentáneamente la ilusión de la patria perdida.

Era el afecto, y no la política, el que inspiraba, por regla general, aquellas peregrinaciones hacia los desterrados. Sin embargo, de vez en cuando se presentaban visitas más graves: amigos sin duda, pero negociadores al mismo tiempo. Entonces las entrevistas se prolongaban con desusada preocupación. Aquellos viajeros eran los mensajeros de la  *fusión*.

Definimos en otra obra (1) esta combinación que, mediante la reconciliación del conde de Chambord con los príncipes de Orleans, había de reanudar la tradición real y restablecer, en provecho de la autoridad y de la libertad, la unidad en la casa de Francia. Dijimos con qué leal simpatía mezclada con incrédula tristeza el anciano rey Luis Felipe acogió, en 1849, las primeras proposiciones. En 1851, el conde de Chambord, en una admirable carta á Berryer, pareció preparar y proclamar en cierto modo la próxima unión: los negociadores tropezaron luego con dificultades en el momento de ir á conseguir su objeto. Este era tan noble y los resultados podían ser tan fecundos, que, á pesar del fracaso, renacieron las esperanzas. Los hombres de Estado, los pensadores más eminentes, tales como Guizot y Tocqueville, deseaban ardientemente la reconciliación de ambas familias; Changarnier veía en ella la única garantía de restauración monárquica; Lamoricière, aunque en las lindes del partido republicano, la deseaba también. Un hombre excelente en quien varios defectos eran compensados por raras cualidades de corazón, el señor de Salvandy, se había constituido en propagandista de la  *fusión*, é iba predicándola de castillo en castillo por toda Francia. Pero habían de resultar necesariamente vanos sus esfuerzos, si los príncipes no encontraban un sólido terreno de inteligencia. A pesar de ciertas reservas, no podía dudarse de las buenas disposiciones generales del conde de Chambord. En 25 de junio de 1853 escribió al duque de Levis: «No conozco ninguna dificultad de situación que no pueda ser vencida decorosamente por todos (2).» Algunos días después escribió al general Changarnier: «Aunque mis primeros pasos hayan sido hasta ahora infructuosos, mis sentimientos no han cambiado. El día en que los príncipes de Orleans comprendan lo que les prescriben su deber y su interés bien entendido, lo mismo que el del país, me encontrarán dispuesto á tenderles la mano, sin pedirles más que su leal concurso para la gran obra de regeneración con la cual está ligado nuestro porvenir (3).»

En la dinastía de Orleans había un príncipe que parecía el órgano natural de su familia; este era el duque de Nemours, el más monárquico de los hijos del rey, el más apegado á la tradición, el primogénito, además, de Luis Felipe. A fines de 1853 fué á Frohsdorf. Corrió el rumor de que se había sellado la reconciliación, y las cartas del propio conde de Chambord confirmaron la buena noticia. En 26 de enero de 1854 éste escribió al general Changarnier: «Nadie ha trabajado con tanto

(1)  *Historia de la segunda República francesa*, libro XVII, capítulo III (tomo X de la presente obra).

(2)  *Correspondance de M. le comte de Chambord*, pág. 138.

(3) El conde de Chambord al general Changarnier, 10 de julio de 1853 ( *Changarnier*, por el conde de Antioche, pág. 361).

celo y perseverancia como vos en preparar y traer el feliz acontecimiento de que se alegran todos los franceses verdaderamente amantes del país. Es, pues, para mí un deber y un placer el asociaros uno de los primeros á la satisfacción que me ha proporcionado la visita de mi primo el duque de Nemours. Me alegro de saber, por lo que comunicáis al duque de Levis, que vuestros informes concuerdan con los míos y que en toda Francia acogen la reconciliación de la familia real como una esperanza y una garantía de seguridad para el porvenir de nuestra querida patria (4).»

La realidad no correspondió á estas esperanzas. Cuando se entró en detalles, reaparecieron los resentimientos y se cayó en la cuenta de que nada se había hecho. En 1856, el conde de Chambord y el duque de Nemours volvieron á encontrarse en Nervi, pero sin que las ideas generales de reconciliación pudiesen traducirse en acuerdo positivo. Deseoso de no prolongar el equívoco, los príncipes quisieron marcar sus disonancias y formular en cierto modo las condiciones de su unión. En contestación á sus cartas, el conde de Chambord escribió en 5 de febrero de 1857 al duque de Nemours:

*Primo mío. He leído vuestra carta con un profundo sentimiento de tristeza y de pesar. Pensaba que habíamos comprendido de la misma manera la reconciliación realizada entre nosotros pronto hará cuatro años. Aquel restablecimiento de nuestras relaciones políticas y de familia, al mismo tiempo que era grato á mi corazón, parecía á mi juicio una garantía de salud para Francia y una de las más firmes seguridades para su porvenir. Para justificar mi esperanza, para hacer nuestra unión eficaz y digna á la vez, no se necesitaban más que dos cosas que eran muy fáciles: estar por una y otra parte igualmente convencidos de la necesidad de vivir unidos, y tener una confianza igualmente firme en nuestros mutuos sentimientos.*

*No he dudado de vuestra abnegación por los principios monárquicos; nadie puede poner en duda mi apego á Francia, mi respeto por su gloria, mi deseo de su grandeza y de su libertad. Experimento una simpática gratitud por todo lo que, en todas épocas, se ha hecho por ella de bueno, útil y grande. Como no he cesado de decirlo, créi siempre y creo todavía en la inoportunidad de determinar hoy, y antes del momento en que la Providencia me imponga este deber, ciertas cuestiones que resolverán los intereses y las aspiraciones de nuestra patria. No es lejos de Francia y sin la Francia como se puede disponer de ella.*

*No por eso dejo de conservar mi convicción profunda de que en la unión de nuestra casa y en los esfuerzos comunes de todos los defensores de las instituciones monárquicas, Francia encontrará un día su salvación. Las más dolorosas contrariedades no alterarán mi fe.*

¿Qué disonancias eran aquellos que hacían vanos los patrióticos esfuerzos de los monárquicos más fieles? Los obstáculos eran de naturaleza muy diversa, y los agravaban las susceptibilidades recíprocas. El conde de Chambord se consideraba como un jefe de familia que

(4)  *Vie du général Changarnier*, por el conde de Antische, página 364.

recibe un acto de sumisión; rindiendo este homenaje á su rango, lo hubiera concedido todo muy gustoso; pero quería este homenaje, y lo quería sin reserva alguna, y aún más que él lo querían las personas de su intimidad: los príncipes de Orleans se consideraban, por el contrario, como negociadores que después de una larga rivalidad iban á arreglar los términos de una transacción. Por una y otra parte, el lenguaje de los cortesanos (pues los tiene el destierro lo mismo que el trono) acentuaba la divergencia; lo que el conde de Chambord daba á comprender con afable bondad, sus amigos, á veces poco inteligentes, lo marcaban con una altivez ofensiva: de ahí expresiones que se repetían, habladurías infinitas que ocasionaban represalias, y, finalmente, una separación cada vez más acentuada entre almas nobles hechas para unirse. En materia de gobierno, en Frohsdorf querían á poca diferencia lo mismo que el conde de Nemours, pero lo querían con un espíritu algo diferente: como sus parientes, el conde de Chambord quería el régimen representativo, pero más bien como merced que en forma de constitución; como ellos, quería la libertad, pero con un programa teórico que quizás hubiera hecho impopular la libertad misma. Además, el conde de Chambord, por respeto á sus antepasados, quería conservar la bandera blanca, mientras que los príncipes de Orleans, por respeto á su padre y en memoria de su vida militar, querían por insignia la bandera tricolor; y la obstinación, por una y otra parte, parecía tanto más legítima, cuanto que se fundaba en el respeto de los antepasados y el patriotismo. En fin, no reinaba en Claremont la unidad de miras: el duque de Nemours deseaba la reconciliación; los demás príncipes se prestaban á ella de mala gana, con indiferencia ó con un mediocre deseo de que se realizara; la duquesa de Orleans se mostraba cuidadosa de mantener lo que consideraba como el derecho de sus hijos. Tal era el estado de las negociaciones cuando el conde de Chambord envió su carta, carta digna, algo triste, como la que entre personas cortesanas, destinadas á volverse á ver y desear de no enemistarse, terminara negociaciones matrimoniales. ¿Era una ruptura? No tanto como eso, pero sí un aplazamiento indefinido.

## V

La unión es la indispensable necesidad de los débiles. Aislados, los partidos que acabamos de describir se hallaban reducidos á una impotencia próxima al aniquilamiento. Reuniendo sus elementos mejores y más homogéneos, hubieran podido soñar en una especie de  *pequeña Fronda*, no muy temible, pero sin embargo incómoda. Legitimistas parlamentarios, orleanistas, católicos liberales, republicanos constitucionales, todos se ligaron más bien por instinto que por acuerdo premeditado. Procedentes de puntos distintos, consideraron que, según la frase de Salustio, la comunidad de simpatías y de repugnancias es el verdadero fundamento de la amistad. Conviene hablar del grupo de esos hombres que se trazaron un camino tan lejos del poder como de las facciones y atravesaron el Imperio sin intervenir en él.

Eran poco numerosos, pues formaban, no un partido, sino la quinta esencia de todos los partidos. Sí hu-

biesen buscado adeptos más allá del círculo estrecho de sus buenas relaciones, pronto hubieran estallado las divergencias, y el débil lazo que mantenía la armonía se hubiera roto. Además, si hubiesen sido tumultuosos, el rigor de las leyes no los hubiese tolerado y hubieran sido dispersados por la fuerza.

Casi todos gozaban de gran fama por su nombre, por su talento, por su fortuna ó por su virtud. Se llamaban Guizot, Broglie, Molé, Thiers y habían dirigido los asuntos del país. Se llamaban Berryer ó Montalembert y habían marcado en nuestra historia parlamentaria una huella indeleble. En una esfera más modesta, perseguían con un ardor infatigable el mejoramiento de las cosas populares; tales aparecían Cochin, Corcelle y Melin, raros tipos de hombría de bien. Otros, como Villain, Cousin, Saint-Marc-Girardin, Remusat y Vitet, eran el honor de la filosofía, de la crítica y de las letras. Las letras ¿no eran el patrimonio común? Todos recordaban, por algún parecido, á Cicerón en su retiro de Túsculo, y los graves y nobles estudios que habían preparado su juventud para la vida pública eran, en el declive de su fortuna, el consuelo de su desgracia.

Aquella  *gente honrada*, como se los hubiera llamado en el siglo XVII, no solamente no eran nada, sino que se hallaban casi fatalmente condenados al ostracismo. Ajenos al gobierno, hubieran sido igualmente rechazados por el pueblo, de modo que parecían doblemente vencidos. Y es que simbolizaban el eclecticismo, es decir, lo que menos comprende la democracia. Representaban matices, mientras que el sufragio universal no ve más que colores, y de estos los más vivos. Se relacionaban con la política parlamentaria, con la legitimidad, con el orleanismo, con el catolicismo, con la Universidad, con la beneficencia: algunos de ellos se extraviaban hasta las fronteras de la República. Bajo tan múltiples aspectos, difíciles de discernir, para unos eran clericales, para otros revolucionarios, y peligraban sucumbir bajo reproches contradictorios. El Imperio sabía la precaria situación de sus adversarios. Se contentaba con tratarlos de aristócratas ó de orleanistas; luego les reprochaba desdeñosamente el haber dejado caer las monarquías á las cuales habían servido.

Si se les quiere designar por su verdadero nombre, hay que llamarlos  *liberales*. En sus salones guardaban la antorcha de la libertad, impidiendo que se apagara bajo la doble corriente del Imperio autoritario ó de la democracia servil. Amaban la libertad por gusto, por tradición de juventud, por esa natural repugnancia que toda alma noble siente por la servidumbre. La amaban también por previsión. Muchos de ellos habían conocido á Napoleón: varios de ellos habían formado parte de sus consejos. Y presentían que nada hay tan peligroso como un flemático que, sistemáticamente, persigue con tranquila obstinación una idea falsa ó funesta. «Es un monstruo,» decía en cierta ocasión uno de ellos hablando de Napoleón. Y como su frase pareciese escandalizar á los que la oyeron, añadió: «Entiéndase un monstruo en el sentido latino,  *monstrum*, es decir, un ser inexplicable del cual todo puede esperarse sin medida, el mal como el bien.» En tal acepción, la frase era profunda: Napoleón era un monstruo enigmático, un monstruo bastante parecido á aquel caballo de Troya del cual no se sabía qué llevaba en las entrañas.